

CHIMANGOS Y GAVIOTAS

Por PEDRO S. CASAL

Algunas veces hemos sostenido la necesidad de proteger a nuestros rapaces pequeños (chimangos, caranchos, halcones, lechuzas, etc.), pero debemos aclarar que hay determinadas zonas y circunstancias en que aquella protección no es conveniente para algunas de esas rapaces. Ultimamente hemos estado en un establecimiento de campo del sur de la Provincia de Buenos Aires ("El Recreo" de Santa Rosa Estancias Ltda.), no lejos de la estación Mechongué, y pudimos observar, en compañía del Administrador, señor Guillermo Ford, un fenómeno muy curioso. Una cantidad inusitada de Chimangos (*Milvago ch. chimango*) había invadido el establecimiento —tiene alrededor de 12.000 (doce mil) hectáreas de superficie y se dedica a la cría y mejora de ganado vacuno. Como no se permitía cazar, en dicho campo abundaban las perdices, y los patos y una cantidad de otros pájaros incluso cardenales (*Paroaria coronata*), pues existe un grande y hermoso parque muy arbolado además de bosques de eucaliptus también muy extensos.

A la hacienda, toda de muy buena clase, se la cuida con esmero de modo que muy rara vez se encuentra un animal muerto en ese campo, lo cual disminuye grandemente por ese lado el alimento de algunos de las rapaces, entre ellas los chimangos. Quedan, pues, los ratones del campo y las aves. En cuanto a los primeros, nunca se ha notado gran abundancia porque el campo no muy alto, favorece la inundación de las cuevas, y con la invasión de chimangos, no se notaba tampoco disminución, en cambio era muy notable la merma de aves. Las perdices se han hecho muy escasas porque los chimangos se comen los huevos y los pichones y lo mismo puede decirse de los patos. En cuanto a los pájaros menores la disminución ha sido también general y los que quedan no se animan ni a cantar.

Me decía el señor Ford que no conocía una invasión tan grande de chimangos ni atinaba a determinar con exactitud sus causas, pero los efectos eran evidentemente perjudiciales, por lo cual les declaró una guerra sin cuartel. A pesar de ello y del número no muy mezquino que se mataban a tiros, aquellos intrusos no disminuían, cuando una circunstancia inesperada permitió hacer una terrible matanza entre ellos.

Todos hemos visto las bandadas de gaviotas que siguen a los arados y van limpiando el campo al comerse los insectos y otros bichos perjudiciales a la agricultura que quedan al descubierto al abrirse el surco. Entre éstos, uno de los más apetitosos es ese gusano o larva blanca y gorda que los paisanos llaman el gusano blanco, *Diloboderus abderus* (Sturm). Los chimangos, verdaderos asaltantes, audaces y bien armados, desalojaron a las gaviotas de esa misión secular de limpieza que han desempeñado siempre con el beneplácito de toda la gente de campo. La bandada de chimangos, muy numerosa, festejaba su victoria devorando ávidamente aquel festín tan succulento como inesperado y nuevo para



Cortesía de Editorial Atlántida.

Todos hemos visto las bandadas de gaviotas que siguen a los arados...

ellos mientras las gaviotas revoloteaban a lo lejos dando chillidos de indignación y de odio.

Nunca habíamos visto un espectáculo semejante. Contemplando aquella expulsión tan injusta de uno de los grandes benefactores de la agricultura, Don Guillermo Ford tuvo una idea digna del tiempo de los Borgias... Hizo juntar una buena cantidad de aquellas gruesas larvas y les inyectó una pequeña cantidad de una solución de cianuro de potasio, las desparramó detrás de los arados, y la voracidad de los chimangos los lanzó ciegamente sobre la incitante merienda. El efecto fué tan violenta y tan completo que toda la bandada quedó tendida casi en el mismo lugar, pues al tragar las larvas no alcanzaban a dar más que unos pocos aletazos y caían. Quemados los cadáveres y las pocas larvas que sobraron, las gaviotas volvieron con gran algazara a ocupar un puesto en el que son insustituibles.

Al día siguiente, todo el monte resonó con la alegría casi estridente de los innumerables pájaros que lo habitan mientras una pareja de chimangos, quizá la única sobreviviente, vagaba a lo lejos desmoralizada y temerosa.

Nuestra prédica por la defensa de las pequeñas rapaces tiene como gran razón fundamental, que esas aves son grandes consumidores de ratones del campo que se han convertido en vehículos de propagación de la peste bubónica. El área, pues, del terrible mal se hace cada vez más extenso, y los focos semi-permanentes que hay en nuestro territorio coinciden con las regiones en las que han sido muy perseguidos los enemigos naturales de los ratones del campo. Además de las rapaces debemos contar también a los lagartos grandes, iguana overa (*Tupinambis tequixín*) que ocupan un lugar principalísimo como consumidores de ratones, pero ellos también son objeto de una guerra de exterminio porque su piel se paga muy bien. Se ha metido en la cabeza de nuestras damas que es de buen tono usar zapatos y carteras y cinturones de piel de lagarto. Y así tenemos en algunos puntos del territorio acaparadores (verdaderos criminales) de cueros de lagarto.

Y ya no se trata solamente de la rata del campo; la terrible pulga se ha encontrado también en los cuises y en algunos comadremos.